

Cuando la razón duerme y el amor despierta

Vigilia

El sueño de la razón produce monstruos, Francisco de Goya

No logro recordar cuándo dejé de controlar mis pensamientos. Tal vez fue cuando los monstruos empezaron a hablarme, contándome historias que nunca quise escuchar, pues cada uno de sus susurros contenía un nombre que conocía demasiado bien. Cada susurro me recuerda lo que perdí, me recuerda que el amor que un día tuve ahora me persigue en las sombras.

Cuando el sueño no logra apagar los recuerdos, despierto delante de mi propia sombra, esa que ha vivido media vida preguntándose si el amor no correspondido es un error. Los monstruos se despiertan cada vez que su pensamiento llega a mi cabeza; en ese instante, sus sombras susurrantes invaden mi mente y me devuelven a ese amor que un día viví.

Pasaron semanas, incluso meses, en los que cada día, cuando el sol caía, los monstruos atormentaban mi mente. No era capaz de dormir: cada vez que cerraba los ojos, los suyos aparecían, tan lúcidos y exactos que parecía que siguiera delante de mí. A través de ellos veo lo que vivimos, lo que fuimos, lo que no supimos sostener.

El silencio de la noche se convirtió en mi peor juez. Durante el día, la razón se disfrazaba de calma: fingía tener respuestas, fingía decirme que todo pasa, que el tiempo cura, que amar también cansa. Pero al caer la noche, cuando el sueño se acercaba con pasos inseguros, la razón se dormía antes que yo, y entonces los monstruos ocupaban su lugar.

A veces me pregunto si los monstruos nacen del sueño o de la razón; si aparecen cuando la mente se cansa de luchar o cuando el corazón se niega a olvidar. Quizá no sean enemigos. Quizá solo son restos: fragmentos de lo que amé demasiado, de lo que creí eterno sin tener edad para entender lo frágil.

Recuerdo cómo todo empezó sin hacer ruido. No hubo grandes promesas ni palabras bonitas. Solo miradas que duraban un segundo más de lo normal, silencios que no incomodaban, una forma nueva de pronunciar mi nombre.

Y quizá ahí empezó el error: no en amar, sino en creer que el amor siempre encuentra dónde quedarse.

Los monstruos me dicen que fui ingenua. Que confundí intensidad con eternidad. Que le di un hogar a alguien que solo estaba de paso. Me repiten que la razón habría sabido irse antes, que no se habría quedado reconstruyendo ruinas. Pero la razón nunca supo amar.

Cuando el sueño por fin me vencía, soñaba despierta. No con finales felices, sino con escenas pequeñas: manos rozándose sin querer, risas que nacían de la nada, la sensación de pertenecer a algo, aunque fuera a un instante. Y despertaba con el pecho apretado, porque entender que algo fue real y ya no existe es una de las crueldades más silenciosas del recuerdo.

Mi sombra creció con cada despertar; se hizo más larga y más pesada. Empezó a preguntarse cosas que nadie debería preguntarse y menos por amor : ¿fui suficiente? ¿amé demasiado? ¿amar sin ser amado es un error?

Si entregar todo aun sin ser correspondido es un error, entonces prefiero equivocarme.

Porque no hay nada más bonito que sentir de verdad, aunque ese sentimiento no encuentre un lugar donde quedarse.

Los monstruos se ríen cuando pienso eso. Se alimentan de mi contradicción, de mi forma de defender el amor incluso cuando duele. Me dicen que no sirve, que solo deja restos, que la razón tenía razón desde el principio. Pero los miro, incluso en la oscuridad, y entiendo algo que antes no sabía: los monstruos existen porque amé.

Y no me arrepiento de haberles dado vida.

A veces imagino que todos llevamos dentro una habitación oscura. En ella se acumulan las cosas que la razón no sabe explicar: los recuerdos que no se van, los nombres que duelen, los abrazos que ya no existen. Cuando el sueño entra sin permiso, la llena de monstruos. Pero también de verdad.

Yo no dejé de amar cuando todo terminó. Seguía amando la sombra de lo que fuimos, la luz que una vez nos iluminó.

Amar es seguir recordando, incluso cuando la decepción pese más que los monstruos de mi mente.

Porque quien ama, ama para siempre.

Esa diferencia la razón nunca supo explicármela. La razón me pedía olvidar; el sueño me obligaba a recordar. Y entre ambos aprendí que el amor no desaparece: se convierte en la sombra de lo que un día fue felicidad.

Mi sombra ya no duele como antes. Ahora camina conmigo. Me recuerda que fui capaz de sentir algo real, algo sano, algo que no nació del miedo. Que, aunque el final fue decepción, el principio fue verdad. Y eso nadie puede quitármelo.

Dicen que cuando la razón duerme nacen monstruos. Pero nadie habla de lo que nace cuando la razón está despierta y decide no amar: nace el vacío, y no hay monstruo más cruel que ese.

Por eso ya no temo al sueño, ni a la noche, ni a las sombras que regresan. Prefiero convivir con mis monstruos antes que vivir sin haber amado. Prefiero una herida honesta a una vida intacta y vacía. Prefiero equivocarme sintiendo que acertar sin sentir nada.

Y si algún día la razón vuelve a dormirse y los monstruos regresan, los dejaré hablar. Ya no les tengo miedo. Ellos saben mi historia. Yo la viví.

El sueño de la razón produce monstruos, Francisco de Goya

